

Canta y no llores: *Requiem* en Tlatelolco

por José Noé Mercado

El réquiem, o misa de difuntos, es uno de los subgéneros musicales que más podría identificarse con México a lo largo de su historia y, desde luego, en años recientes. Puesto que más allá de las muertes naturales de su población, están las acumuladas por guerras floridas, sacrificios rituales, invasiones extranjeras, luchas civiles, desastres naturales, matanzas de Estado; por los violentos estragos del crimen organizado.

La Plaza de las Tres Culturas, ubicada en la colonia Tlatelolco, resguarda esa opresiva energía de la vida derramada, entre otras razones por haber sido escenario del baño de sangre mexicana a manos de los españoles capitaneados por Hernán Cortés en 1521 y del movimiento estudiantil de 1968, perturbadoramente acallado por el gobierno presidencial de Gustavo Díaz Ordaz. O por haber sido uno de los epicentros del terror y la desolación que acarreó el terremoto de 8.1 grados en la escala de Richter que taladró la ciudad de México la mañana del 19 de septiembre de 1985.

Justo ahí, en ese sitio a medio camino de la ruina arqueológica azteca, el credo católico divulgado por los conquistadores y los otrora modernos edificios de departamentos de clase media, se homenajeó musicalmente a las víctimas y a los rescatistas del azote sísmico a 30 años de la tragedia que dejara en la urbe alrededor de 10 mil muertos e incuantificables daños y damnificados.

Víctima —porque con la caída del edificio Nuevo León perdió parte de su familia— y rescatista —pues con mano propia se le vio remover escombros, luego recaudar fondos—, el egregio **Plácido Domingo** regresó a Tlatelolco no sólo para ponerse al frente de la Orquesta Filarmónica de la Ciudad de México (OFCM) y dirigir la *Messa da Requiem* de Giuseppe Verdi, sino para convocar el recuerdo del dolor, pero también el de la solidaridad y el de la fortaleza que permitió a los capitalinos levantarse de la adversidad, del desastre, del olor pegajoso de la muerte.

El 18 de septiembre pasado, de 3 a 5 mil asistentes soportaron la lluvia sosa y tibia de finales de verano que esa tarde cesó en sincronía con los primeros compases de la misa fúnebre, iniciados bajo la dirección de **José Areán**, aún titular de la OFCM.

10 minutos después, Plácido Domingo —esa figura ya legendaria de la ópera con 147 roles y emblema de la música como cantante, director concertador, director artístico, promotor de voces, recaudador de fondos— empuñó la batuta.

Una chispa emotiva surgió entonces de la orquesta, del Coro EnHarmonía Vocalis que dirige **Fernando Menéndez**, y de los cuatro solistas mexicanos elegidos para la ocasión: la soprano **María Katzarava**, la mezzosoprano **Grace Echauri**, el tenor **Dante Alcalá** y el bajo **Rosendo Flores**.

La vibra corrió también por el público sentado en sillas plegables todavía húmedas o de pie o asomado desde las ventanas y balcones de los edificios circundantes. Los sonidos teatrales compuestos por Verdi —por algo se dice que su *Requiem*, estrenado en 1874 en honor del patriota italiano Alessandro Manzoni, es en realidad una ópera camuflada— se expandieron fatalistas, trémulos, implacables, líricos, aunque algo aplanados por los altavoces.

Maria Katzarava —inocultablemente inspirada porque ella es



Plácido Domingo dirigió el *Requiem* en Tlatelolco
Foto: Antonio Nava, Secretaría de Cultura de la Ciudad de México

oriunda de Tlatelolco, donde en el edificio Revolución vivió hasta los 12 años de edad—, ofreció una interpretación intensa y generosa, aun si algunos instantes del ‘Libera Me’ podrían resultar demasiado dramáticos y oscuros para su voz, todavía barnizada por un carnoso fragor juvenil. Dante Alcalá lució impecable, con un ‘Ingemisco’ fogoso y bien coronado. Echauri y Flores suelen brindar actuaciones solventes y esta ocasión no fue diferente. El coro expelió la dicha de trabajar en una ocasión simbólica y bajo la concertación de un personaje famoso y admirado.

Al concluir la misa, llovieron los aplausos y cierto grado de dicha en forma de agradecimiento. Pero para un público no necesariamente melómano clásico, el evento estaba incompleto.

“Que cante, que cante”, pedían a Plácido Domingo, quien al igual que los solistas recibía reconocimientos de parte del Secretario de Cultura capitalino, Eduardo Vázquez y Cuauhtémoc Abarca, fundador de la Coordinadora Residentes de Tlatelolco. La escritora Elena Poniatowska también subió al escenario para ser reconocida por su participación en el inicio del evento. “Estamos en una plaza sagrada. Aquí están nuestros muertos. Aquí han sido asesinados los jóvenes”, había dicho.

Plácido Domingo tomó el micrófono, agradeció el cariño y se excusó ya que no se encontraba en condiciones de cantar —los días previos actuó en Las Vegas, Nevada, y en Los Angeles, California; llegó a México sin dormir casi y se marcharía esa misma noche—. Pero prometió volver a Tlatelolco en una ocasión próxima, con un programa más alegre, con el deseo de que las tragedias no se repitan y de que las cosas mejoren.

Por las enormes pantallas colocadas en los costados del escenario, pudo apreciarse en detalle cómo manos anónimas colocaron a Domingo un sombrero de charro. Y acto seguido la gente le cantó a él “Cielito lindo”.

Ése era el cierre que faltaba. Con lágrimas y paradoja incluidas: “Canta y no llores”. Consejo de espíritu tan mexicana. Justo después de haber pedido al Señor el descanso eterno para su legión de muertos. ●